

## PRÓLOGO

Aunque El Último Cartucho de Tucker era el bar más pendenciero de Menden, en Alaska, la mujer desnuda que entró tambaleante por la puerta bastó para dejar boquiabierto a Greg Thomas. Era el médico del pueblo, y a lo largo de su vida había visto cosas muy extrañas, pero no tanto como ésa.

Margie Hurlwhite se encontraba detrás de la barra. Silbó débilmente y dejó el vaso que estaba llenando. Los cuatro hombres que se encontraban en el bar se volvieron todos a la vez para verla, y ninguno de ellos dijo ni una palabra. Tres de los hombres eran viejos pescadores, con las manos tan curtidas y deterioradas que a duras penas podían ya sostener un cuchillo. Thomas, el cuarto, se levantó con tal brusquedad que derribó el taburete sobre el que se sentaba. Armó tal estruendo que por unos instantes impidió que se oyera la radio, y, sin embargo, ninguno de los presentes apartó los ojos de la desnuda visitante.

Thomas se enjugó las manos con los pantalones.

—¡Eh, hola! —dijo, cuando tuvo claro que nadie más iba a dar la bienvenida a la recién llegada.

La joven le miró a los ojos y sonrió. No dijo ni palabra. Greg Thomas pensó que era bella, con una hermosura a la que ninguna de las mujeres de Menden habría podido aspirar. Su larga melena pelirroja le caía sobre los ojos e impedía que se le viese bien la cara, pero no llegaba a cubrirle los pechos, y aún menos el resto. Aparentaba unos veinte años, o quizá menos. Tan sólo una muchacha. Thomas volvió

a secarse las manos en los pantalones porque, de pronto, las tenía sudorosas. Había pasado mucho tiempo desde la muerte de su esposa y desde entonces apenas había pensado en mujeres, pero es que aquella... aunque tal vez no fuera deseo lo que en aquel momento sentía su corazón. En aquella muchacha había algo fuera de lo común. Tal vez porque no hacía ningún esfuerzo por taparse. Porque no temblaba, aunque los copos de nieve relucieran en sus cabellos. La temperatura exterior estaba bajo cero y la joven tenía los pies húmedos, como si hubiera caminado sobre la nieve, pero parecía como si uno pudiera quemarse tan sólo con ponerle la mano sobre el brazo.

—¿Qué le parece, doctor? ¿Ya ha visto lo suficiente como para emitir un diagnóstico? —le preguntó Margie, que salió de detrás de la barra con la intención de llevarse adentro a la muchacha. No quería dejarla en la puerta. Pero no se le acercó lo suficiente para tocarle la piel, sino que le hizo un gesto para que fuese al fondo del bar y se sentara en uno de los dos reservados con banquetas tapizadas en cuero rojo.

Margie le había hablado con evidente sarcasmo, pero Thomas negó con la cabeza y le respondió igualmente:

—Creo que padece hipotermia. Tenemos que hacerla entrar en calor. —Se sacó el anorak y se lo puso a la muchacha, con lo que se ganó una nueva sonrisa, una sonrisa de gratitud—. Margie, prepara un café, ¿quieres?

—Ahora mismo tenía una cafetera calentándose —le dijo Margie. Volvió a sus tareas al otro lado de la barra, mientras los tres pescadores giraban sus taburetes para poder ver a Thomas y a la muchacha. Parpadeaban y se frotaban la cara como si no se lo pudieran creer.

—¿Qué te ha ocurrido, mujer? —le preguntó Thomas—. ¿Has tenido un accidente o algo así? ¿De dónde vienes?

La joven ladeó la cabeza. Los mechones se apartaron de sus ojos y miró a Thomas a la cara.

—No he tenido ningún accidente, *monsieur*. He llegado por mar, ahora mismo, en un bote.

—¿Conoces a alguien de por aquí? ¿Alguien a quien pueda llamar?

La sonrisa se desdibujó.

—Nadie muy cercano, pero conozco a alguien, sí. He venido a por mi hombre, no lo he visto en mucho tiempo.

—¿Y ese acento que tienes? —le preguntó Margie al traerle el café. Lo dejó sobre la mesa, frente a la joven, con manos temblorosas—. Parece que vengas de Quebec. ¿Eres quebequesa, cariño?

—*Je suis française*, pero he pasado un tiempo en el extranjero. Ahora mismo venía de Rusia.

«Bueno —pensó Thomas—, eso sí que encaja.» Menden se encontraba en la costa occidental de Alaska, lo más cerca que se podía llegar de Rusia sin echarse al agua. El tránsito de embarcaciones entre ambos continentes era incesante. Por supuesto que la gran mayoría de los que viajaban en ellas se ponían ropa adecuada al clima.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Margie, y Thomas se sintió como un canalla por no haberse acordado de preguntárselo.

—Me llamo Lucie, gracias.

Thomas le hizo un gesto a Margie para que se apartara. La camarera se había acercado tanto a la joven que no le dejaba espacio para respirar.

—Trae mantas, una lona, lo que sea. Y sube la calefacción. Creo que el frío la ha dejado aturdida. Tenemos que...

—Me encuentro muy bien, señor —dijo Lucie, y le agarró la mano a Thomas. El hombre se estremeció, como si hubiera temido que su roce le quemara. La joven tenía la piel caliente, pero se mantenía dentro de la temperatura corporal normal. Thomas se fijó en que los labios no estaban azules, ni siquiera agrietados, y en que las pupilas se veían normales—. ¿Pero me podría decir una cosa, por favor? Ese reloj de allí, ¿funciona bien?

El hombre se volvió hacia el viejo reloj de cuco que se encontraba sobre el espejo, entre dos raquetas de nieve con categoría de antigüallas. Marcaba las nueve menos cuarto.

—Supongo que sí —dijo Thomas, por mucho que tuviera la sensación de que no marcaba la hora correcta.

—No, cariño, es la hora del bar —le explicó Margie—. Siempre va quince minutos adelantado. Así, a la hora de cerrar, puedo meter-

les más prisa a esos imbéciles para que se vayan. ¿Por qué quieres saberlo? ¿Es que tienes una cita con tu hombre?

Lucie negó con su linda cabeza.

—Todavía no. Sólo lo preguntaba porque esta noche la luna va a salir a las ocho y media.

Thomas arrugó el entrecejo. Esa muchacha tenía algo fuera de lo común. Algo muy raro.

—¿Sabes la hora a la que sale la luna?

—Me sorprendería que hubiese salido sin mí —le respondió Lucie—. ¿O sea que ahora mismo son las ocho y media? Sí, ya lo estoy notando. —Se encogió de hombros y el anorak cayó al suelo—. *Merci*. Todos ustedes han sido muy amables.

Al recoger el anorak, Thomas se dio cuenta, demasiado tarde, de que no había sido ella quien lo había dejado caer. Se había caído por sí mismo de su cuerpo. O tal vez... lo había atravesado. La muchacha se había vuelto intangible, y su carne, transparente, de tal modo que Thomas alcanzaba a ver el cuero rojo de la banqueta a través de su piel blanca.

—Por Dios bendito... —dijo—. Eres como un... un fantasma.

—No, *monsieur*. No soy ningún fantasma.

Se produjo un destello de luz plateada, un fulgor semejante al de la luna cuando brilla sobre aguas agitadas. Entonces Thomas se encontró con que tenía entre los brazos una cascada de pelo de animal y baba y un ejército de enormes dientes. La sangre salpicó el suelo polvoriento del bar y Margie chilló, pero Thomas no alcanzó a oírla. Nunca más volvería a oír nada.

PRIMERA PARTE

# El gran lago del oso

## I

Por primera vez en su vida, Cheyenne Clark se sentía casi feliz.

No quería reconocérselo a sí misma. Tenía un buen número de razones para sentirse desgraciada, deprimida, e incluso cabreada. Pero esas razones se le hacían muy lejanas.

En otro tiempo lo había pasado mal. Muy, muy mal, y no había podido preservar su inocencia. La joven —o, más bien, su loba— había hecho cosas que prefería no recordar.

Un agente del gobierno canadiense la había torturado. La había empleado como cebo para llevar a otro hombre lobo hasta la muerte. Los dos lobos habían respondido a su ataque y la situación había escapado a todo control. La joven había enloquecido un poco. Tal vez mucho. Había matado a varias personas. Aunque ella habría preferido decirlo de otra manera: su loba había matado a varias personas.

Pero todo eso había quedado en el pasado.

Ya no estaba sola. Chey contaba con Montgomery Powell. Todavía le llamaba Powell, aunque el hombre le hubiera dicho que eran amigos y que podía llamarle Monty. Estaban unidos, con una unión que la joven no había experimentado nunca con un ser humano. Se parecía, más bien, a los vínculos que unen a los lobos de una misma jauría. Habían dirigido sus pasos hacia el norte, lejos de cualquiera que pudiese buscarlos. Lejos de personas a quienes pudieran hacer daño, y que pudieran hacerles daño a ellos. Personas que pudieran conseguir con facilidad balas de plata.

Esas personas estaban muy lejos de ellos. En los Territorios del

Noroeste de Canadá había muchos parajes deshabitados en los que se podrían refugiar.

Se pusieron en marcha desde Port Radium, una ciudad fantasma, tan contaminada que era inhabitable, y siguieron las sinuosas curvas de la orilla del Gran Lago del Oso, siempre cerca del agua, donde aún se cazaba bien. El verano había terminado, y aunque la tierra todavía estuviera blanda y el viento aún no mordiese con fuerza la piel, la mayoría de los venados ya empezaban a migrar hacia el sur. Cada día se encontraban menos liebres americanas, e incluso los ratones campes- tres escaseaban. Al capturar su primer lemming (una especie de rata grande con el lomo rojizo y el rabo corto), Powell lo llevó al lugar donde acampaban y lo examinó como si leyera un periódico.

—Debemos de estar ya en setiembre —dijo.

Se sacó una navaja del bolsillo y se puso a despellejar al animal para cocinarlo en la hoguera. Chey hizo una mueca de asco y se volvió. Se dio cuenta de que el hombre la miraba, de que estaba sorprendido, pero había ciertas cosas que aún no sabía afrontar con la misma naturalidad que su loba.

—En cuanto lo haya asado, te lo vas a comer, ¿no? —le preguntó Powell.

—Sí —dijo ella. Últimamente tenía bastante hambre, y sabía que en cuanto olera la carne asada, no se podría resistir—. Sólo que no quiero ver cómo lo cortas. Eso es todo.

—Deberías aprender a despellejarlos. Dentro de poco serán nuestro principal alimento. Para entonces, tendrás que saber prepararlos.

Chey negó con la cabeza. Los lobos de ambos eran perfectamente capaces de cazar por sí mismos. Powell y Chey no tenían ninguna necesidad de comer, ya que todo lo que alimentara a sus lobos los alimentaba también a ellos. Pero Powell insistía en cocinar, porque era un ritual humano y le hacía sentir como si aún controlara su destino. La joven... se lo respetaba. Respetaba que todavía pensara en sí mismo como en un ser humano afectado por una enfermedad. Una dolencia que podía dominar. Pero ella no se hacía tantas ilusiones.

—Dejaré que lo haga mi loba —dijo.

Su loba estaba encantada de vivir allí. Su loba medraba en el frío

constante, en el silencio entre los árboles. En el aire puro. Y Chey no tenía manera alguna de librarse de su loba, así que tendría que conformarse. Su loba odiaba a los seres humanos y los atacaba tan pronto como los veía, aun cuando no tuviese hambre. Chey no quería que eso ocurriera. No quería tener que cargar con las consecuencias. Su única escapatoria era vivir en aquel sitio donde aún había menos seres humanos que palmeras. Lo mismo se le había ocurrido a Powell varias décadas atrás, cuando no le quedaba ya ninguna otra posibilidad. Chey había tomado la decisión de marcharse con él, de aprender de él, de vivir a su lado, para no tener que estar completamente sola.

En cuanto el lemming se hubo asado, Powell cortó un filete y se lo ofreció. La carne estaba fibrosa y olía mal, pero el estómago de la joven se retorció alegremente cuando el primer bocado de grasa le acarició la lengua. Chey lo engulló sin molestarse apenas en masticarlo.

—¿Y bien? —le preguntó Powell.

—Está demasiado hecho —le respondió Chey. Powell suspiró y empezó a volverse, pero la joven le agarró bruscamente por el brazo—. ¿Queda algo? —dijo.

Powell la contempló con sus ojos verdes, grandes y fríos. Unos ojos que Chey veía, a veces, cuando estaba a punto de dormirse, unos ojos que le era imposible no ver. Los ojos de Powell le escudriñaban el rostro en busca de algo. La joven sabía que no buscaban aprobación. El hombre era demasiado duro como para necesitarla. Tampoco una disculpa, porque Powell sabía muy bien que Chey no se la iba a ofrecer.

La joven sabía que le había tratado con dureza. Con una aspereza que no se había propuesto. En cierta ocasión, Powell la había herido, y Chey no le iba a perdonar jamás del todo.

Pero quizá... quizá no tuviera que tratarle tan mal. La situación había cambiado. Y cambiaría sin cesar, sobre todo entre ellos dos. Y, en verdad, todo lo malo, la triste historia que la había llevado hasta allí, empezaba a resultarle muy lejana.

Chey dio un paso hacia él. Powell no necesitó más. También dio un paso hacia ella, la tomó entre sus brazos y la estrujó contra su cuerpo. Había algo dentro de Chey que deseaba apartarlo de sí. Que

deseaba estallar en cólera, golpearle, gritarle a la cara y clavarle las uñas en los ojos.

Pero, en cambio, la joven apretujó el rostro contra la garganta del hombre. La camisa de franela de Powell olía a humo de leña, porque había estado cerca de la hoguera. Debajo de ésta, Chey distinguía su olor corporal. Olía bien. Cerró los ojos y se relajó entre sus brazos.

—Gracias por el desayuno —le dijo Chey.

—De nada. —Había hablado con voz ruda, como siempre, pero no logró disimular el alivio que sentía.

Recogieron sus cosas y se pusieron en marcha hacia el norte, a pie, como siempre. Chey se sentía como si se hubieran pasado la vida entera de camino hacia el norte. No se le cansaban las piernas, no de la manera en que se habrían cansado si hubiese sido humana, pero al cabo de ocho horas sin parar, pensó que se merecía una pausa. Sin embargo, Powell la obligó a recorrer otros dos kilómetros, hasta que de repente, sin previo aviso, le dijo que se detuviera.

Chey no se lo discutió. Se dejó caer sobre una desigual alfombra de hierba amarillenta y se sacó los zapatos. Los dedos de los pies se lo agradecieron.

—Aquí hay algo que tendrías que ver —le dijo Powell, erguido y tieso, como si fuese un guarda forestal y le enseñara una visión panorámica.

Chey respondió con un gruñido.

Powell lo interpretó como una autorización para seguir hablando. Igual que todos los hombres que la joven había conocido, aprovechaba la más mínima oportunidad para soltarle discursos.

—Esto es lo que queda de Fort Confidence —le dijo, mientras daba golpecitos en una roca con la bota.

—¿Aquí hay un fuerte? —preguntó Chey, mirando a su alrededor. No vio nada más que maleza y un par de árboles. En el suelo había dos montones de piedras de contorno rectangular y Chey pensó que parecían demasiado regulares como para tratarse de una estructura natural. Pero había que forzar la vista para percibirlo.

—Lo hubo —explicó Powell—, en la época en que los mercaderes de pieles pasaban por aquí. Julio Verne escribió un libro donde aparecía. Pero el fuerte se quemó. Y lo reconstruyeron. Luego volvió a quemarse. No quedó nada, salvo estas piedras que formaban parte de su chimenea. —Le dirigió a Chey una de sus miradas pensativas—. Eso es lo que sucede cuando los seres humanos tratan de construir en esta tierra. La tierra siempre los derrota.

Chey se mordió los labios y trató de deducir cuál sería la lección que tenía que aprender.

—¿Me estás diciendo que aquí estaremos a salvo? ¿Que no habrá nadie que venga tan al norte tan sólo para molestarnos?

Powell se encogió de hombros.

—Es el lugar más seguro que conozco. Podemos quedarnos aquí al menos durante un tiempo. Levantaremos un campamento. Quizá podamos pasar el invierno antes de que nos den alcance.

—Entonces, crees que nos van a encontrar. Al final, nos encontrarán.

Powell se encogió nuevamente de hombros.

—Tengo más de cien años, Chey, y durante la mayor parte de mi vida he tenido que huir. Si de repente dejaran de perseguirme, me sentiría descolocado. Lo que mejor sé hacer es huir. —Miró intensamente a la tierra que los rodeaba, sobre todo a la pendiente que descendía hasta el lago—. Pero, de todos modos, estaría muy bien si pudiéramos descansar un poco. Construirnos un refugio, encender una hoguera... sentarnos durante un rato y...

Chey aguardó a que completara el pensamiento.

—En la primavera —dijo Powell—, cuando vuelva el calor... podremos dedicarnos a... lo otro.

—¿Aún piensas seriamente en ello? —Había sido un tema de conversación muy común durante su largo viaje al norte. Habían tenido tiempo para hablar sobre muchas cosas mientras caminaban, o mientras volvían sobre sus huellas, en busca de sus ropas, después de que los lobos hubieran aparecido y se hubiesen marchado de nuevo—. Crees de verdad que podríamos curarnos.

Powell le respondió sin mirarla.

—Seguro que sí. Tiene que existir algún modo de poner fin a la maldición. Tiene que haber alguno.

¿A quién se creía que podía engañar? El suelo estaba húmedo y embarrado. Chey se sentó sobre una de las bases de las antiguas chimeneas. El musgo le serviría como cojín.

—¿Cuánto tiempo llevas buscando ese supuesto remedio? ¿Cincuenta años?

—Ya deben de ser setenta.

Chey estaba al corriente de todo lo que Powell había intentado hasta el momento. Él había estudiado las antiguas leyendas sobre hombres lobo y otros seres mutantes en todo el mundo. Había investigado los medios que supuestamente habían empleado otros seres humanos para transformarse en animales, y, lo más importante, para recobrar su humanidad. Había empleado décadas en leer antiguas leyendas y cuentos tradicionales, con la esperanza de encontrar una pizca de verdad en ellos. Se había hecho cinturones de lobo. Cinturones de piel, en unos casos de piel de lobo y en otros, de piel humana que había arrancado de su propio cuerpo, tachonados con clavos de plata que le quemaban cada vez que trataba de tocarlos. Había cultivado las flores de matalobos y acónito púrpura, con la esperanza de poder confeccionar algún tipo de poción que lo liberase de su doble naturaleza.

Pero nada le había funcionado.

—La curación existe —sentenció, sonando como si tratara de convencerse a sí mismo—. Y tiene que estar aquí. La maldición empezó aquí, ¿verdad que te lo dije?

—Un par de veces.

Powell negó con la cabeza.

—En algún lugar de por aquí, en el norte, en el Nuevo Mundo. Sabemos que los primeros licántropos vinieron de aquí. Si encontraríamos el lugar donde empezó la maldición, también encontraríamos una manera de curarnos. Tú y yo. Juntos.

—¿Y luego qué? —le preguntó Chey—. ¿Regresamos al sur a pie por este terreno, sin poder contar con los lobos para que nos mantengan con vida? ¿Nos metemos en el primer pueblo que encontremos y

nos entregamos, y les decimos: «¡Hola! Somos esos dos que mataron a Bobby Fenech y a los hermanos Pickersgill, pero no pasa nada porque entonces éramos lobos pero ahora nos hemos curado»? ¿Te crees que no nos encerrarían? ¿Te crees que no nos mandarían a prisión?

—Una prisión humana. Donde podríamos vivir sin peligro junto con otros seres humanos. La cárcel no podría ser peor que esta vida de ahora.

Chey lo dudaba. Casi tanto como dudaba que existiese algún remedio, salvo que les dispararan varias veces con balas de plata.

—Si estamos juntos, conseguiremos lo que yo, estando solo, no conseguí. Lograremos... lograremos...

—¿Qué? —preguntó la joven.

—Maldita sea.

Chey reconoció el tono de voz. Había llegado de nuevo la hora. No se molestó en volver a ponerse los zapatos. La luna debía de hallarse justo por debajo de la línea del horizonte y estaba a punto de asomarse al mundo y provocar la transformación. Powell siempre sentía la proximidad del momento, tenía una especie de reloj biológico que le avisaba poco antes. La joven sabía que el margen de error de Powell no pasaba de unos pocos minutos.

Ambos miraron a su alrededor y memorizaron todo lo que pudiera servirles como referencia. Tendrían que regresar al mismo sitio cuando recobraran su forma humana. Sus ropas seguirían allí. Habían acordado esa rutina al iniciar su viaje hacia el norte y Chey la cumplía de manera automática. Pero, igual que tantas otras veces, la joven pensaba también: «acuérdate de cómo ven esto unos ojos humanos». Porque siempre que se transformaba tenía la sensación de que no volvería a ver nada de la misma manera.

—Nos veremos cuando... —empezó a decir Powell, pero se interrumpió, porque la luna asomaba por el este sobre los árboles.

Una luz plateada deslumbró a Chey y la dejó ciega. La joven sintió que su ropa caía al suelo, porque se había vuelto intangible como un fantasma. Y entonces no quedó nada, sólo quedó la loba.

### 3

En muchos sentidos, aún no habían terminado de conocerse en la oscuridad. Los lobos de ambos desarrollaban su propia relación cada vez que salía la luna. Chey había visto películas sobre hombres lobo, pero ahora había descubierto que no decían la verdad. No era verdad que los hombres lobo se transformaran tan sólo las noches de luna llena. Chey y Powell se transformaban cada vez que la luna asomaba por el horizonte, sin importar que fuese llena o nueva, ni si se presentaba durante el día o pasada la medianoche.

La transformación era un éxtasis. Los lobos sentían como un alegre renacer. Habían pasado las largas horas sin luna atrapados en cuerpos frágiles, lentos y medio ciegos... al menos, en comparación con la gloriosa encarnación de las bestias. Los lobos emergían de un fogonazo de luz plateada a una gran sinfonía de olores y sonidos, a un viento que tenía más colores de los que sus ojos podían ver, dentro de cuerpos fuertes, elegantes y veloces.

Los lobos corrían, jugaban, se divertían... y cazaban. Hundían sus fulminantes mandíbulas en la nieve que cubría la tierra y sacaban las bestezuelas cálidas y lustrosas que se escondían debajo. La sangre les ensuciaba el hocico y las patas, y, por fin, se encontraban con el vientre repleto. El aire frío de la noche les resultaba acogedor y no gélido, y el fulgor de las estrellas, en lo alto, era suficiente para ver bien, aun cuando la imperiosa luna se oscureciera.

Marcaron su territorio. Pensaron en cavar madrigueras en el suelo mientras la tierra aún estuviera blanda, pero luego decidieron no

hacerlo. El aire aún era lo bastante cálido, y los días lo bastante largos como para que tuvieran tiempo de jugar.

¡Y cómo jugaron! Ambos danzaron uno alrededor del otro, corrieron uno en torno al otro, saltaron con la cabeza vuelta para que sus ojos no dejaran de mirarse en medio de tantos giros y torsiones. Se acometieron y se mordisquearon el uno al otro los hocicos, se hostigaron con las zarpas y se dieron cabezazos en los costados, estirando el cuello el uno hacia el otro para tratar de alcanzarse el vientre.

El lobo era más fuerte y algo más grande que la loba. Pero tuvo que recurrir a la astucia para derrotarla: la emboscó tras un matorral muy alto y se le arrojó sobre el lomo, y ambos rodaron por la nieve. Cuando la loba trató de enderezarse y de apoyar sus anchas zarpas en el suelo, donde correspondía, se encontró con que el macho estaba encima de su cuerpo y le apoyaba todo el peso encima de las costillas para impedirle que se moviera, y abría las mandíbulas sobre la carne blanda de su vientre.

La loba forcejeó, pugnó, arañó, lloriqueó y gimoteó, con el dolor de la emoción y el placer y la necesidad de liberarse, de salir de debajo del macho. El macho pateó los cuartos traseros de la hembra con sus propias patas traseras. La loba le clavó los dientes en la garganta.

El lobo ladró y se incorporó de un salto, se apartó de ella. En la boca de la hembra no quedó nada, salvo un poco de pelo que le había arrancado. Lo escupió y se incorporó también, sin esfuerzo alguno, y desplegó las patas para sostenerse firmemente en tierra. El lobo le puso las patas delanteras sobre las clavículas y la hembra se lo sacudió de encima, y luego se volvió y le golpeó el costado con las ancas, para apartarlo lejos de sí. Se volvió de nuevo y se encaró con él, que se había agazapado y tenía las patas delanteras extendidas sobre la nieve, a modo de reverencia cortés.

Ambos jadeaban. Tenían una mirada salvaje. Las cerdas oscuras que les crecían entre las clavículas se les erizaron para que ambas bestias parecieran todavía más grandes. Ambas habían levantado la cola y la sacudían en el aire. Hacían una señal que habría comprendido cualquier lobo, cualquier perro en el mundo entero, un aviso, una amenaza, una promesa, una pregunta por lo que deseaba el otro.

A esa señal se podía responder con gruñidos y también con suspiros. Podía suceder que al cabo de un instante copularan, o que se desgarraran mutuamente la garganta. La hembra le miró los ojos, la cola. El macho contempló los de la hembra. Ninguno de los dos quería dar el primer paso, romper el hechizo, el enfrentamiento entre miradas, la confrontación ritual entre voluntades.

Entonces, de repente, con violencia, como si se hubiera quebrado por sorpresa el hielo de un estanque, el macho levantó la cabeza. Escudriñó el aire con el hocico y entrecerró los ojos. Le sucedía algo, algo lo bastante serio como para distraerlo de lo que estaba haciendo.

Se sentó sobre las ancas y levantó aún más el hocico. Echó hacia atrás las orejas y cerró los ojos. Hasta el último átomo de sus órganos sensoriales cooperaba con la imposible agudeza de su olfato. La loba también hizo algunos esfuerzos por olisquear, pero no logró descubrir qué era lo que había distraído al macho. Molesta porque la confrontación había finalizado sin resolverse de verdad, dio un paso hacia él, con el cuerpo pegado al suelo, y luego otro paso más. Levantó una zarpa para golpearle en la cara, pero luego, al oír lo que vino entonces, se contuvo.

El lobo entreabrió las fauces y profirió un lamento agudo y prolongado, un sonido que helaba la sangre, que hizo que a la hembra le dolieran los dientes y se le acelerara el corazón. El macho dejó que escapara de su cuerpo ese sonido, un largo aullido descendente que se descompuso en una serie de roncotes gimoteos. La loba le había oído aullar en otras ocasiones, por supuesto, pero nunca con tantos matices, con una melodía tan variada. Quería comunicarle algo muy concreto, pero ella no alcanzaba a entenderlo.

La hembra levantó su propio hocico, profirió su propio grito preliminar. El lobo abrió los ojos y la observó en silencio. Aguardaron unos instantes.

¿Acaso el lobo esperaba una respuesta a su aullido?

No hubo ninguna.

Finalmente, el macho volvió a erguirse sobre sus cuatro patas y se alejó al trote, en dirección al agua. Levantó de nuevo la cola y empezó a menearla de un lado para otro, y la loba se dio cuenta de que el

macho había sufrido un cambio, que ya no estaba tan tenso. ¿Se habría alegrado de no hallar respuesta? No lo sabía, pero sí comprendió que el motivo que había suscitado aquel aullido había quedado atrás. Todo había vuelto a la normalidad. Se alegró de ello. Todavía jadeantes después de tanto esfuerzo, buscaron un lugar donde el agua había abierto un hueco en la orilla, una cavidad oculta bajo un techo de tierra helada que podría guarecerles del viento. Allí se acurrucaron ambos, compartieron su calor, recuperaron energías para lo que pudiera ocurrir después. Se adormilaron, los ojos se les cerraron, y luego se les abrieron de pronto, todavía alerta, todavía vigilantes, aun cuando se les relajase la musculatura y sus mentes se sumergieran en el mundo de los sueños.

A la mañana siguiente, cuando desapareció la luna, la plateada luz de la transformación los encontró allí, la pata delantera de la hembra sobre la cerviz del macho.

Chey abrió los ojos poco a poco. Le parecía como si los párpados se le hubieran vuelto de papel de lija. La boca le sabía a rancio y tenía la lengua pegada a la parte anterior de una de las mejillas. Le dolía todo el cuerpo.

El regreso nunca era fácil.

Se movió ligeramente y levantó la cabeza, pero le dolió demasiado y la dejó caer de nuevo. Abrió los ojos lo suficiente para ver que se había guarecido en un hueco cubierto por un techo de tierra, lo justo para protegerla del viento. Entonces se dio cuenta de cómo había quedado tendida. Estaba desnuda, por supuesto. Sus ropas se quedaban desparramadas por el suelo cada vez que se transformaba y no la seguían por arte de magia. Pero, a diferencia de la mayoría de las veces en las que había despertado sobre un montículo de tierra, no estaba sola. La joven tenía el cuerpo pegado al de Powell, le aplastaba los senos contra la espalda y le rodeaba el pecho con uno de sus brazos.

Parecía que Powell seguía dormido. Poco a poco, con cuidado para no despertarle, la joven retiró el brazo. Si lograba separarse de su cuerpo antes de que despertara, si conseguía poner alguna distancia entre ambos, podría fingir que nada había sucedido.

Sabía desde hacía tiempo que los lobos de ambos empezaban a ser algo más que amigos. Más de una vez se despertaba con la sensación de que los lobos se habían cortejado. Recobraba la conciencia muy excitada todavía, con el cuerpo dolorido de puro anhelo por sentir el roce del macho, y se daba cuenta de que la lujuria que la asaltaba era

la de la loba. Pensó que sería cuestión de tiempo el que ambos empezaran a copular.

Chey no sabía lo que sucedería entonces. Powell le había dicho que no podía quedarse embarazada, ni siquiera de otro licántropo, e indudablemente sabía lo que decía. Había estado acostándose con dos mujeres loba tanto en forma humana como animal. Durante años, había sido amante de un par de hembras de licántropo en Francia. Él mismo había reconocido que disfrutaron mucho del sexo, pero ninguna de las dos había concebido. De todas maneras, no era eso lo que preocupaba a Chey. Si Powell y ella empezaban a copular cada vez que saliera la luna, la joven tendría que decidir lo que sentía por él en su forma humana. Tendría que decidir si la atracción que sentía por él era correcta, y si dejarse llevar por ella (o lo contrario) constituiría una traición a su ser interior.

—Hola —le dijo Powell, al mismo tiempo que se giraba.

A Chey le dio un vuelco el corazón. Tan sólo había conseguido retirar el brazo hasta la mitad, y técnicamente aún lo estaba abrazando en el momento en que él se volvió para mirarla. La joven aún sentía que el calor del cuerpo masculino le bañaba el pecho y las piernas. Y en ese momento no le quedó más remedio que aceptar el hecho de que el pene de Powell estuviera erecto. Y de que apuntara hacia ella.

Se obligó a sí misma a no mirar en esa dirección. Pero, por desgracia, eso significaba que no le quedaría otra opción que mirar a los ojos del hombre. Unos ojos que buscaban los de la joven, como para tratar de saber hasta dónde podía llegar.

Powell se movió ligeramente para que los rostros de ambos se acercaran. ¿Trataría de besarla?

—Tenemos que regresar al fuerte —dijo Chey. Habría querido que su voz sonara a decisión firme, como una orden para que ambos se pusieran en pie y echaran a andar, y dejaran así de abrazarse. Sin embargo, las palabras le salieron débiles y sin convicción. Como si hubiera querido preguntarle si tenían que hacerlo, o si podían quedarse otro rato tendidos allí.

Powell se lamió los labios. Chey llegó a la conclusión de que si la boca del hombre sabía tan mal como la suya propia, no quería besos.

Luego abrió los labios como para decir algo. Por fortuna, no llegó a decirlo, porque un sucio goterón de agua le salpicó justo entonces la mejilla, y la joven, de puro susto, echó el cuerpo para atrás.

Allí... en la orilla, sobre ellos. Se asomaba por el borde. Había alguien allí, un desconocido que había inclinado la cabeza hacia ellos y los observaba.

Las manos de Chey tantearon las rocas y las raíces de los árboles en busca de algo que le pudiese arrojar. La figura que les miraba desde arriba tenía forma humanoide y estaba envuelta en gruesas pieles. Una máscara de madera, alargada y blanca, con orificios rectangulares para los ojos y con una nariz prominente, le cubría el rostro. El personaje se agarró la máscara con la mano y se la levantó hasta la coronilla. Quedó al descubierto un sonriente rostro de gnomo.

No era en absoluto un desconocido.

—¡Dzo! —gritó Chey, y se puso en pie de un salto para abrazarlo mientras bajaba hasta donde estaban ellos—. ¿Dónde estabas? ¿De dónde has salido? ¿Qué has hecho todo este tiempo?

—Me ha parecido que esto os haría falta —dijo Dzo, sacando dos fardos de ropa que llevaba bajo las pieles. Los arrojó al suelo y luego volvió a abrazar a la muchacha. Llevaba las pieles empapadas de agua gélida, pero a Chey no le importó—. Me ha costado algún tiempo encontraros —prosiguió.

La joven estaba tan emocionada de verle que le besaba las mejillas una y otra vez. Y no sólo porque le hubiera permitido escapar de una situación muy incómoda.

Chey había llegado a creer que no volvería a verlo. Cuando la joven le seguía la pista a Powell en dirección a Port Radium, Dzo le había explicado que las aguas de aquel lugar maldito estaban tan contaminadas que no podría ir con ella. Hacía meses, la muchacha se había despedido de él y había supuesto que jamás volverían a encontrarse.

Estaba muy contenta de que no fuera así.

—Me alegro de volver a verte, vejestorio —dijo Powell, y le estrechó con fuerza la mano.

—Y yo de verte a ti —le respondió Dzo—. ¡Eh! ¿Tenéis algo para comer?

Un helicóptero llegó desde el océano, desde el oeste, y la mitad de Menden acudió a ver de qué se trataba. El capitán de puerto salió de su despacho con una taza de té en la mano y se escudó los ojos para observar el helicóptero que se acercaba para el aterrizaje. Luego, con un profundo suspiro, subió al jeep y le fue al encuentro.

No eran muchos los helicópteros que llegaban a Menden. Era un lugar donde los barcos atracaban, dejaban el cargamento y se marchaban antes de que cambiase la marea. Ni siquiera había ningún aeropuerto cerca de la población. El escaso tráfico aéreo que llegaba hasta allí solía amerizar. Aún más extraño resultaba que aquella aeronave fuese un helicóptero militar ruso fuera de servicio. Quedaban personas en Menden que habrían podido interpretar mal la entrada de una aeronave rusa en el espacio aéreo de Estados Unidos, aun cuando estuviera repintada con colores civiles. Con todo, el helicóptero venía con ruta de vuelo y autorización oficiales, y alguien tenía que ir a hacerle oficialmente los honores.

El capitán de puerto tenía setenta y dos años, y una barba que le llegaba hasta la mitad del pecho. Llevaba tirantes sobre el jersey de aislamiento térmico y se cubría la cabeza con una gorra de capitán. No era una de esas personas que miran a la gente que pasa por la calle con un aspecto singular. Era él, más bien, quien se llevaba las miradas. Además, los habitantes de Menden no solían prestar mucha atención a las apariencias.

Sin embargo, el visitante que saltó de la cabina del helicóptero ha-

bría atraído miradas en cualquier parte. Era un hombre de mediana edad, en buena forma física, ataviado con un uniforme de vuelo sucio y protectores para los oídos. Y su piel (la poca que quedaba a la vista) era de un color azul oscuro que en algunos casos se acercaba al púrpura.

—Mi pasaporte —dijo, y se lo presentó al capitán de puerto—. Y éste es el de mi piloto. ¿Podría confirmarme que mis papeles están en regla, por favor? —El recién llegado tenía mucho acento, pero hablaba inglés con fluidez. El capitán de puerto echó una última mirada a su rostro azul, y luego abrió el pasaporte rojo y examinó la página de la foto. Su propietario se llamaba Yuri A. Varkanin, según leyó, y había nacido en Leningrado. En la foto no estaba azul, pero, por lo demás, el rostro era idéntico.

—Esto, no sé muy bien cuál es el protocolo que hay que seguir, pero...

—Ah —dijo Varkanin—. Está usted confuso a causa de mi coloración. Sufro una enfermedad llamada argiria. Una especie de intoxicación por metales pesados que me dejó con este aspecto. —Varkanin se pasó la mano por delante del rostro—. Si es preciso, puedo entregarle un certificado médico.

—Creo que no será necesario. —El capitán de puerto se sacó un sello del bolsillo y lo sostuvo sobre una página en blanco—. ¿Negocios o placer?

El rostro del ruso se ensombreció.

—Negocios. Estoy realizando una investigación.

—¿Eh? —le preguntó el capitán de puerto.

—Quiero indagar —dijo Varkanin— acerca de la mujer loba.

—Ah.

—Tengo entendido que asesinó a cuatro de sus conciudadanos antes de desaparecer —siguió explicándole Varkanin.

—No nos gusta hablar sobre ello —le dijo el capitán de puerto—. El gobierno y los medios de comunicación acudieron a este lugar, y una vez se hubieron marchado, creímos que todo había terminado. Aún estamos llorando a algunas personas muy buenas, pero eso es una cuestión privada.

—Créame que entiendo su dolor —le dijo Varkanin. Había una sinceridad en sus ojos que hizo que el capitán de puerto le creyera—. Tan sólo estoy muy interesado en dos cosas, y, en cuanto las sepa, me marcharé y les dejaré en paz.

—Está bien. No creo que haya ningún problema. ¿Y si empezara preguntándome a mí?

El ruso asintió de buena gana.

—En primer lugar, querría preguntarle si sabe usted de dónde vino.

—Bueno, nosotros pensamos que vino de su país. Creo que de Siberia. Encontramos un bote y pensamos que es el que ella empleó, porque no hallamos a nadie que supiese de quién era. Su presencia era absurda.

—¿En qué sentido?

El capitán de puerto se encogió enfáticamente de hombros.

—Era una arenera de cuatro metros, un simple bote de remos. No tenía motor ni velas, ni siquiera un remo. Tampoco llevaba comida, ni agua. La única explicación que se nos ocurre es que zarpó de Rusia y navegó a la deriva con la esperanza de que en algún momento llegaría a tierra. Habría que estar loco para intentarlo. La temperatura debía de estar por debajo del punto de congelación, incluso en las horas en las que brillaba el sol, y tampoco encontramos a bordo ningún medio para protegerse del frío, salvo un par de mantas.

—Tengo motivos para pensar que está loca —le explicó Varkanin—. Por otra parte, una mujer loba podría sobrevivir a ese viaje sin necesidad de alimentarse, ni de protegerse de los elementos.

—Bueno, está bien —le concedió el capitán de puerto—. Pero... ¿por qué lo hizo? ¿Es que se aburría en Siberia y se le ocurrió venir a hacernos daño a nosotros para variar?

—No es mi intención comprender los razonamientos de una mujer loba enloquecida —le dijo Varkanin—. Mi segunda pregunta es: ¿hacia dónde se marchó?

El capitán de puerto frunció el entrecejo.

—A nosotros nos bastó con que se marchara bien lejos —dijo—. Pero he oído algunos rumores. Unos excursionistas dijeron haber

visto a una chica desnuda en el bosque, a unos ochenta kilómetros de aquí en dirección a los montes, y contaron que caminaba hacia el este. Aproximadamente una semana más tarde, un guardabosques nos dijo que la había visto y que todavía caminaba en la misma dirección.

Varkanin asintió. El capitán de puerto se percató de que el hombre ya sabía todo eso antes de llegar a Menden. Simplemente había querido confirmarlo.

—Entonces, ¿ha venido usted tan sólo para preguntarnos eso? ¿De verdad?

Varkanin sonrió. El capitán de puerto sintió simpatía por el ruso, tan sólo por haber visto su sonrisa. Había como una inmensa tristeza en aquel hombre, y también compasión. Su sonrisa era la de un santo.

—Sí, de verdad. No quiero hacerle perder más tiempo. Y, por lo demás, esta noche me espera un largo vuelo.

El capitán de puerto arrugó el ceño.

—¿Adónde piensa volar?

—Al este —dijo Varkanin, y se encogió de hombros con buen humor.

—Me ha dicho que por negocios. Que ha venido por negocios. ¿A qué se dedica exactamente, señor Varkanin?

—Soy cazador —dijo el ruso.

## 6

El regreso de Dzo relajó la tensión entre Chey y Powell. Sin intercambiar más de una docena de palabras, los tres recuperaron su rutina, y Chey sintió como si su vida hubiera vuelto a la normalidad. Por lo menos, a su extraña normalidad.

Los tres regresaron a pie hasta las ruinas de Fort Confidence, en un amistoso silencio punteado por un buen número de sonrisas compartidas y alguna que otra carcajada. Era un día cálido para estar tan al norte y brillaba el sol. Los lobos no habían logrado llegar muy lejos antes de que se ocultara la luna y, por ello, el paseo no fue extenuante. Una vez hubieron avistado los afloramientos de roca, no les costó encontrar el sitio, y Chey, al divisar las bases de las antiguas chimeneas, casi se sintió como si hubiera regresado a su hogar.

Habría querido echarse sobre la hierba, girar sobre sí misma hasta dejar su impronta en ella y luego dormirse allí. Pero, por supuesto, Powell pensaba ya en lo que tendrían que hacer a continuación.

—Podríamos quitar algunos de esos árboles —dijo, al tiempo que señalaba pendiente abajo— para ver bien el agua. Así sabremos si alguien se acerca en barca. Y también podríamos aprovechar los troncos para hacernos una cabaña.

—Está bien —respondió Chey—. Lo que tú digas. ¿Cómo vamos a hacerlo?

Powell parpadeó como si se hubiera sorprendido.

—Pues los cortaremos, naturalmente.

—¿Con los dientes? —Chey se rascó la cabeza—. Cuando nos

marchamos de Port Radium, no nos trajimos nada, salvo la ropa. Que yo sepa, no llevas ninguna motosierra escondida bajo el abrigo, y a mí tampoco se me ocurrió traerme ninguna hacha.

—Tendremos que hacernos nuestras propias herramientas.

—¿Con qué?

—Con piedras. Igual que los hombres de las cavernas. —Powell se encogió de hombros—. ¡No te creerás que a unos licántropos con una fuerza sobrenatural les va a resultar muy difícil!

—Yo podría ir a por hachas de verdad —propuso Dzo—. Incluso podría ir hasta nuestra antigua cabaña, recoger todo lo que necesitamos y traerlo en la camioneta.

—Esa camioneta me encantaba —dijo Chey, pensativa, con una risita—. Y no me negarás que nos iría muy bien tenerla aquí.

Powell negó con la cabeza.

—Puede que vigilen la cabaña. No creo que merezca la pena correr tanto riesgo.

—¿De verdad crees que estarán allí a la espera de que regresemos? —le preguntó Chey. Arrancó un largo tallo de hierba y lo enredó entre sus dedos—. Quizá ahora nos dejen en paz.

—Eso es lo que te gustaría creer —dijo Powell en un tono sumamente desagradable—. No, no se rendirán todavía. En Port Radium la armamos buena. Matamos a un agente del gobierno...

—¡Que pretendía matarnos a nosotros! ¡Que quería llevarme a un laboratorio y diseccionarme!

—...y los gobiernos tienen buena memoria —terminó de decir Powell, como si no la hubiese oído—. Ni siquiera estoy seguro de que aquí nos encontremos a salvo. Te lo digo en serio, habría preferido que no nos hubiéramos detenido hasta más al norte.

Chey se encogió de hombros.

—Está bien. Creo que tienes razón. Pues entonces, ¿por qué nos paramos aquí? ¿Por qué no seguimos adelante? —La mera idea de echarse a caminar de nuevo la horrorizaba, pero de todos modos sabía que él tenía razón. Sabía que aún corrían peligro, aunque fuera difícil sentir miedo en un día tan bello y apacible—. ¿Por qué no seguimos adelante hasta que estemos seguros de que no podrán seguirnos?

—Tú no conoces este país —le dijo Powell—. Va a empezar el invierno, antes de lo que tú crees, y también será más duro de lo que piensas. Si fuera necesario, podríamos sobrevivir aquí, desnudos, al aire libre, pero yo, personalmente, prefiero encontrarme en un lugar cálido cuando empiece a nevar. Si queremos estar a punto, tendremos que empezar a prepararnos ahora mismo. Quiero contar con un sitio donde guarecerme en cuanto empiece a hacer frío de verdad.

—Está bien —dijo Chey, y, pesadamente, se incorporó—. ¿Por dónde empezamos? —De repente, se dio cuenta de que Dzo tenía los ojos clavados en ella. Que, de hecho, la había estado observando con atención mientras Powell hablaba—. ¿Qué? —preguntó—. ¿Sucede algo?

—Bueno... no. Sólo que... el calzado... —intervino Dzo.

—¿Eh? —La joven bajó la vista y lo vio colgar sobre su pecho. Había atado los cordones de las botas y se las había colgado del cuello con los calcetines enrollados dentro.

—No es que pretenda entender muy bien a los lobos —dijo Dzo mientras se rascaba una oreja—. Pero yo siempre había pensado que os los poníais en los pies.

Chey arrugó el entrecejo.

—Es que me gusta sentir la hierba entre los dedos.

—Sí, pero... ¿la nieve también? Durante la mitad del trayecto hemos estado pisando nieves antiguas. Y no te las has puesto en ningún momento.

Chey se ruborizó. En ningún momento lo había tenido en cuenta. Su cuerpo, incluso en forma humana, era mucho más fuerte de lo que nunca había sido. Pero, de todas maneras, era extraño que no se hubiera calzado las botas por puro automatismo. Nunca había sentido mucha afición por caminar descalza sobre terrenos agrestes.

Powell la miró de una manera que no le gustó. Se le veía demasiado preocupado. Demasiado paternal.

—Bueno, pues ahora mismo me los pongo, ¿vale? Tampoco hay para tanto —dijo.

Pero vio el desacuerdo pintado en el rostro de los hombres.

Dzo y Powell se pusieron a trabajar al instante. Se hicieron hachas de piedra de un tipo que nadie había empleado en un par de millares de años. El truco parecía consistir en encontrar dos piedras sólidas y macizas, y golpearlas la una contra la otra hasta que se partieran. Si se hacía bien, uno de los trozos quedaba con un canto agudo lo bastante fuerte como para cortar madera. Pero el proceso de aprendizaje era largo, lento y repetitivo, y lo más normal era que la mayoría de las piedras con las que se hacía el intento se echaran a perder.

Al principio no querían que Chey les ayudara.

—Tú podrías entretrejer tallos de hierba para preparar ataduras, y buscar ramas que pudieran servirnos como mangos para las hachas —le sugirió Powell.

—¿Por qué? ¿Porque es trabajo de mujer? —le preguntó ella, con una sonrisa de suficiencia—. Sé que te has pasado la mayor parte del siglo xx viviendo solo, y que por eso debes de haberte saltado un buen número de conferencias sobre la igualdad entre sexos —dijo, y agarró un par de piedras. Las golpeó con tanta fuerza que los huesos de los antebrazos le vibraron.

—El truco está en la muñeca —le dijo Dzo, y le enseñó cómo había que golpearlas para obtener tallas.

Una lasca larga y delgada se desprendió de una de las piedras. Era demasiado pequeña y poco gruesa para emplearla como hacha, pero valió como primer intento.

—¡Anda! —añadió Dzo, riéndose—. Recuerdo la época en la que

nos pasábamos el día entero con esto. Entonces llegó alguien que inventó el hierro y no puedes imaginarte el alivio.

—¿Cuántos años tienes exactamente? —le preguntó Chey. Nunca había logrado que le respondiera con precisión a esa pregunta.

—Me costaría decírtelo —le respondió él, encogiéndose de hombros—. El tiempo funciona de una manera curiosa —añadió, al cabo de un rato—. Ya lo sabes, ¿verdad?

—Sí, claro. —Chey golpeó estrepitosamente su roca. Salieron volando pequeñas esquirlas, que se añadieron a un montón que tenía entre los pies.

Sabía muy poco de Dzo, pero confiaba en él.

Sabía que su nombre se pronunciaba como «Joe», pero no exactamente. Eso era lo más parecido a su nombre que podía pronunciar su lengua anglosajona.

También sabía que no era humano.

Era una especie de espíritu animal, la encarnación de la rata almiscorada. Era inmortal y capaz de viajar de un sitio a otro, incluso meterse en sitios cerrados, siempre que en el lugar hubiese agua. Podía nadar en el agua de un modo que ella no podía, de un modo místico, como si todo el agua fuera un único ser. Chey no aspiraba a comprenderlo, pero había dependido a menudo de esa habilidad.

Aún más importante: era un amigo. Había sido el único amigo de Powell durante varias décadas hasta la llegada de Chey, había seguido al hombre lobo en sus migraciones hacia el norte, lejos de donde vivían los humanos. A diferencia de los seres humanos que poblaban el planeta, Dzo no tenía nada que temer de los hombres lobo. Le había salvado la vida a Chey en varias ocasiones después de que se transformara en mujer loba y la había ayudado a encontrar el camino cuando más lo necesitaba.

—Muy bien. Vamos a probar algo más fácil. ¿Dónde naciste?

Dzo sonrió. Sus dientes eran grandes y parduscos, y Chey habría preferido que tuviera la boca cerrada.

—No estoy seguro de que naciera. Si me esfuerzo por recordar, hace mucho, mucho tiempo... vivía por ahí arriba —señaló hacia el norte—. Allí había buena gente. Trabajaban duro, pero también se

reían mucho. Y siempre había música. No se parecían en nada a vosotros dos.

Las piedras chocaron con gran estrépito. Como el grupo de percusión más primitivo del mundo.

—¿Eran indios? Quiero decir, ¿esquimales? —preguntó Chey.

Dzo tuvo que pensarlo por unos instantes.

—No —dijo—. Fue antes de que llegaran ellos. Creo que eran, ¿sabes...? No sé ahora cómo se llamaban.

Chey entrecerró los ojos mientras trataba de recordar su clase de Estudios Sociales en la escuela primaria. Golpeó las dos piedras sin prestar atención y una de ellas se le escapó de la mano y salió disparada hacia unos arbustos. Suspiró y agarró otra.

—Antes de los esquimales sólo estuvieron los paleoindios —dijo. Eso habría significado que tenía por lo menos seis mil años—. ¿Me estás diciendo que viviste con los paleoindios?

Dzo negó con la cabeza.

—No. Antes que ellos. ¿Quién había antes que ellos? —Se volvió para mirar a Powell, que se estaba succionando una herida en el dedo pulgar—. ¿Recuerdas que una vez lo habíamos hablado? Los primeros que vinieron aquí. Los primeros que sabían hablar.

Powell apretó los labios como para ahogar una risa. Miró a Chey y puso los ojos en blanco.

—Hoy en día los llamamos neandertales.

Al fin, lograron hacerse tres hachas pasables. La de Dzo era la mejor, ya que tenía una hoja fina que terminaba en un borde afilado. La piedra que había empleado tenía manchas de mica y vetas más oscuras. En cuanto la hubo atado con fuerza a un mango tan grueso como su dedo pulgar, pareció una herramienta de verdad. El hacha de Chey tenía más pinta de piedra atada a una rama. De todas maneras, le consoló ver que a Powell no le había quedado mucho mejor.

El paso siguiente consistiría en talar varios árboles. Chey se había impregnado tanto del espíritu ecoizquierdista de principios del siglo XXI que se sentía culpable por talar a una criatura viva, pero, con todo, sabía que necesitaban madera para hacerse la cabaña. Escogió un arbolillo delgado que parecía medio muerto, porque le pareció

que así pondría fin a sus sufrimientos. Luego se colocó en posición, esgrimió el hacha cual bate de béisbol y trazó con ella un arco perfecto hasta golpear el tronco del árbol.

La cabeza del hacha se estrelló contra la madera y se soltó de sus ataduras. Salió volando y rebotó contra otro árbol antes de posarse sobre un lecho de hojas secas. Chey se quedó con un palo roto en la mano.

Echó una rápida mirada a su alrededor para saber si Powell la había visto. El hombre se había vuelto en otra dirección, así que tal vez no. Estaba empeñado en talar su propio árbol, un alerce grande y viejo, tan grueso que no habría podido rodearlo con ambos brazos. Por el momento, había conseguido abrir una diminuta muesca en la corteza.

Se obligó a sí misma a no decir ninguna palabrota, a no suspirar siquiera, y fue en busca de la cabeza del hacha para sujetarla de nuevo al palo.

Al caer la noche, habían logrado talar dos árboles entre los tres, y empezaron a cortarles las ramas. Dzo le aseguró a Powell que no lo habían hecho mal para tratarse de hachas de piedra y que podían estar orgullosos.

Powell murmuró algo entre dientes que dio a entender que no estaba muy satisfecho de sí mismo.

Había sido un trabajo duro. Chey tenía los músculos tensos y doloridos. No estaba tan cansada como se había imaginado que estaría, pero sí había quedado empapada de sudor. Se despojó de toda la ropa —los dos hombres la habían visto desnuda en multitud de ocasiones y ya no sentía vergüenza— y corrió hacia el lago para zambullirse en el agua y lavarse. El agua estaba helada y se puso a temblar al instante, pero se sentía tan bien que no le importó.

Sumergió la cabeza y se frotó el cabello. Luego salió a la superficie y se puso a nadar lentamente en círculo, tan sólo para estirar los músculos, para librarse del dolor y la rigidez. A pesar de la sobrenatural resistencia de su cuerpo, empezó a sentir frío de verdad y regresó a la orilla. El fondo estaba erizado de pequeñas rocas y tuvo que moverse con gran cuidado en busca de un sitio donde la orilla no estuviese tan embarrada.

Oyó algo en lo alto del erosionado margen que la sobresaltó, y echó una mirada a su alrededor entre chapoteos. Había sonado como si alguien pisara una ramilla.

Su primera reacción fue cubrirse los pechos con ambas manos.

Levantó los ojos hacia la orilla, pero no vio a nadie. Tan sólo una acumulación de barro que había ganado terreno a las aguas, un margen erosionado y cubierto por una masa de arbolillos de hoja perenne.

—¿Powell? —gritó—. ¿Eres tú? —No hubo respuesta, pero Chey se dio cuenta de que el ramaje se movía, como si alguien hubiese huido para refugiarse en las sombras—. ¿Se te ha ocurrido venir a nadar conmigo? O será que eres todo un caballero y venías a traerme la ropa —dijo, riéndose. Tampoco hubo respuesta. Escudriñó el macizo de arbolillos en un intento desesperado por verle, pero estaba oscureciendo. Los últimos reflejos azulados de la luz del día cubrían las aguas cual jirones de sábana y vio en lo alto las primeras estrellas.

¿Acaso Powell la miraba a escondidas? ¿Se había puesto a espiarla y le daba vergüenza decir nada?

Miró hacia los árboles, como si le hubiera visto, y bajó los brazos para que ambos pechos quedaran al descubierto. Luego dio una larga zancada hacia la orilla, también en la misma dirección. A medida que se acercaba, el suelo se elevaba, y sintió que el agua le resbalaba por las caderas y el vientre. Si Powell quería una buena vista, la tendría.

Chey sabía que había empezado un juego muy peligroso. Sintióse muy malvada, levantó ambas manos y las cruzó detrás de la nuca. Luego arqueó la espalda con movimientos lentos y sinuosos.

Entre los árboles se oyó un sonido muy tenue. El sonido de una criatura que cambiaba de postura sin querer que la oyeran.

Subió a saltos, como una loba, por la orilla embarrada. Se agarró violentamente a las ramas de los árboles para tirar de su propio peso hacia arriba. Tenía la intención de arrojarle sobre él, derribarlo al suelo, y luego... y luego... bueno, pues, le haría cosquillas hasta que él le suplicara misericordia.

Pero cuando se lanzó entre los arbolillos, con los ojos centelleantes, no encontró a nadie. Se agachó y tocó el suelo, y notó que aún estaba cálido, como si alguien se hubiera agazapado allí durante un tiempo, pero no descubrió ningún otro indicio de su presencia.

—Pero ¡que imbécil! —dijo, haciéndose la enfadada.

Encontró la ropa en el mismo lugar donde la había dejado, amontonada cerca del campamento, y se apresuró a vestirse. En el momen-

to en que llegó, Dzo había encendido una buena hoguera con las ramas que habían cortado de sus dos miserables troncos. Powell se había agazapado al otro lado de la llama y asaba una ardilla al extremo de un largo palo. Dzo había hecho un amasijo de raíces y bayas dentro de un cazo (Chey no tenía ni idea de dónde lo habría sacado; tal vez lo hubiera llevado escondido en todo momento bajo sus pesadas pieles) y se preparaba su propia y desagradable cena, porque era vegetariano.

Se acercó al fuego para quitarse la humedad del cabello.

—¡Confiesa! —le dijo a Powell—. ¿Verdad que antes me estabas viendo desnuda?

—¿De qué me hablas? —le preguntó él.

—Antes, en el lago. ¿Eras tú el que estaba escondido entre los árboles?

Powell frunció el ceño y negó con la cabeza.

—He estado aquí todo el tiempo. Con Dzo.

Dzo apartó la mirada del cazo y asintió con la cabeza.

—Estaba con él cuando ha capturado a ese bicho. La manera como le ha partido el cuello ha sido asquerosa.

—Lo he hecho de manera que no le doliese —insistió Powell.

Ninguno de los dos pareció preocuparse mucho de que hubiera visto a alguien cerca del lago. Chey se dijo que, al fin y al cabo, no había visto a nadie. Tan sólo había oído algo. Habría podido muy bien ser un animal. Enrojeció ligeramente al pensar que le había dado un espectáculo gratuito a Bambi.

Avergonzada, alargó el brazo sobre la hoguera y agarró la ardilla clavada en el palo de Powell.

—Lo vas a quemar —le dijo, y entonces arrancó un trozo de carne en el que aún había restos de sangre y se lo metió en la boca.

## 9

En Toronto había un club muy exclusivo, un pequeño local situado encima de una librería. No se anunciaba. No tenía ningún cartel a la entrada ni portero que vigilase la puerta. Sólo podía entrar quien tuviese la llave de una puerta de metal de bajo coste cubierta con una mano de pintura gris agrietada. Pasaba por una salida de incendios.

Las habitaciones que se encontraban detrás de la puerta estaban amuebladas con piezas de madera oscura y pulida, tapizadas en verde. En torno al cálido fuego de un hogar había grandes sillones donde los miembros del club podían dormitar durante el día entero si les apetecía, o fumar puros, o beberse un whisky de malta que criados con librea les servían en bandeja de plata. A los que no bebían, les servían con sumo agrado café y agua mineral. No se oía música ni se autorizaba la entrada de periódicos. Por supuesto, tampoco se permitían televisores.

Detrás de las salas comunitarias que se hallaban cerca de la entrada había cierto número de reservados, salas pequeñas y acogedoras apenas amuebladas por más que una mesa y unas pocas sillas. Había un dormitorio a disposición de quien hubiera tomado demasiado whisky. Y eso era todo.

La cuota del club ascendía a cincuenta mil dólares anuales. La mayoría del dinero iba a manos de una empresa de seguridad privada que llevaba a cabo registros periódicos en busca de micrófonos e investigaba con rigor el pasado de todos los socios y de los empleados. Las conversaciones que se sucedían en voz baja en torno al cálido fue-

go del hogar no estaban pensadas para un gran número de oídos. El club ofrecía una discreción sin fisuras, impenetrable, difícilmente accesible en el siglo XXI.

En uno de los reservados de la parte de atrás del club, un hombre llamado Preston Holness esperaba el momento de tener una de esas conversaciones.

Holness trabajaba, en teoría, para el Canadian Security Intelligence Service, la organización gubernamental que se encargaba de identificar y neutralizar amenazas dentro del país y en el extranjero. Se encontraba entre lo que las gentes de su oficio solían llamar activos secretos. Ese estatus le permitía actuar con cierto grado de libertad del que no podían disfrutar figuras más conocidas.

Seguramente, «disfrutar» no era la palabra más adecuada. Holness no dormía bien por la noche. Se ganaba la vida con actuaciones que el gobierno canadiense deploraba y condenaba de puertas afuera. Si le capturaban en el momento de realizarlas, el gobierno negaría todo conocimiento de sus actividades. Lo más probable sería que se pasara el resto de su vida en la cárcel. Se daba por sentado que Holness aceptaba ese riesgo, pero de hecho había llegado a provocarle úlceras.

Y la inminente reunión iba a provocarle un infarto, pensaba él. No tenía esperanzas de que saliera bien. La había preparado con suma meticulosidad. Se había hecho la manicura y un corte de pelo, y se había puesto su mejor traje de Armani y una corbata Hermès de seda. Sus zapatos quedaban ocultos bajo la mesa, pero valían más de mil dólares.

A Holness le gustaba vestir bien. Era una pasión, hacía que se sintiera a gusto consigo mismo y le insuflaba cierto grado de confianza en un mundo hostil. Pero cuando oyó que llamaban a la puerta, se sobresaltó igualmente.

La puerta se abrió en silencio y entró un hombre joven. Debía de tener la mitad de años que Holness, cabello rubio muy claro y gafas de montura de alambre con lentes rectangulares. Vestía traje de seda. Holness no reconoció el corte, pero sí sabía identificar a simple vista la ropa masculina de calidad. El joven tenía pintas de abogado inteligente y duro, y probablemente lo era.

—Hola —dijo el joven—. Me llamo Demetrios.

Ése no era su verdadero nombre, por supuesto. Demetrios era un nombre en código empleado por cierta compañía petrolera que hacía negocios con el gobierno canadiense. Un gran volumen de negocios. La compañía inyectaba cada año miles de millones de dólares, y millares de puestos de trabajo, a la economía canadiense. Por ello, el gobierno quería tener contento a ese joven, al precio que fuera.

El asunto había ido mal desde el principio.

La compañía de Demetrios había comprado un terreno en el Ártico, bajo el que se hallaba uno de los yacimientos de petróleo más importantes del hemisferio occidental. Pero antes de que hubieran tenido tiempo de iniciar la explotación, los licántropos se habían instalado en él. No podían enviar equipos de trabajo para iniciar las perforaciones, porque los hombres lobo habrían matado y devorado a sus miembros. Se le había encargado al CSIS la tarea de acabar con los licántropos y habían fracasado. Si a Demetrios se le ocurría buscar culpables, la cabeza que rodaría iba a ser la de Holness.

Éste invitó a Demetrios a sentarse al otro lado de la mesa y volvió a acomodarse en su sillón.

—Querría pedirle sinceras disculpas en nombre de...

—Robert Fenech la cagó —dijo Demetrios.

—Fenech está muerto. —Holness arrugó el entrecejo con fingida compasión—. Le echaremos de menos. Fue un auténtico patriota y un magnífico agente.

—Fue un pobre gilipollas que se creía que era James Bond. —Demetrios se cruzó de brazos—. No tendrían que haberlo enviado a esa misión. Les habíamos pedido algo muy sencillo. Tenían que matar a un único licántropo.

—Esa tarea no es fácil en ningún caso —le dijo Holness—. Y dada la ubicación del licántropo... en los Territorios del Noroeste, el terreno encierra muchas trampas, incluso con buen tiempo...

Sonrió discretamente a Demetrios y abrió ambos brazos en gesto de resignación.

—Podrían haber mandado al ejército para que hiciera bien el trabajo. Pero no se les ocurrió otra cosa que enviar a un subcontratado

y a una civil. El licántropo infectó a la civil. Ahora tenemos que bregar con dos.

Holness no podía discutirsele. No podía hacer otra cosa que tratar de darle una explicación.

—En ese momento se pensó que un envío de tropas habría supuesto un riesgo demasiado grande. La opinión pública ya está muy dividida por las guerras del Próximo Oriente. Si mandamos a nuestros muchachos y alguno de ellos muere... verá usted, el primer ministro lo tiene ya muy difícil para conseguir la reelección. No le conviene para nada que su imagen empeore todavía más.

Demetrios rabió en silencio durante un minuto. Luego se inclinó hacia su interlocutor y le habló con voz muy pausada, con articulación muy precisa, como si pensara que Holness tenía problemas para entenderle.

—Nos gusta Canadá.

Holness sonrió.

—Nuestro objetivo es complacer —dijo.

Demetrios negó con la cabeza.

—Nos gusta Canadá porque nos gusta hacer negocios con gente civilizada. Estaríamos muy interesados en conservar nuestro negocio aquí. Pero le puedo asegurar que existen otros yacimientos petrolíferos, en Venezuela, en Iraq, en Indonesia. Lugares que aprenderíamos a amar, aunque sólo fuera porque allí no hay licántropos. Pero mire, si tuviéramos que poner fin a nuestras operaciones en este país, un porcentaje significativo del Producto Interior Bruto de su nación se evaporaría de un día para otro. Así, parece que usted y yo tenemos un problema común. Hasta este momento, no me ha comentado ninguna posible solución.

Holness se resistió al impulso de arreglarse la corbata. Sólo le quedaba una carta por jugar.

—Ahora mismo tenemos a alguien en el campo de operaciones —dijo.

Demetrios no sonrió. No parecía uno de esos hombres que sonríen. Pero cambió de actitud, se relajó en pequeñísima medida, y asintió como para dar a entender que estaba dispuesto a escucharle.

—Permítame que le hable de un hombre llamado Varkanin.  
—Abrió el maletín y sacó el dossier del ruso de piel azul—. Creo que le va a gustar.

Demetrios se inclinó para examinar la fotografía grapada en la cubierta del dossier. Holness no pudo evitar fijarse en los pliegues que se hacían en el traje del joven cuando éste se movía.

—¿No le importará que le haga una pregunta...? —dijo Holness—. ¿Ese traje es Dolce & Gabbana?

Demetrios tiró hacia abajo de su propia manga.

—Saville Row. Confeccionado por encargo.

—Es... maravilloso —dijo Holness—. Si todo esto sale bien, le agradecería que me diese los datos de su sastre.

—No quiera correr demasiado —le respondió Demetrios.

Aún no habían terminado su escasa cena cuando empezó a bajar la temperatura. El aire se volvió frío y vigorizante, y casi sin darse cuenta Chey se cubrió con ambos brazos para darse calor, y se envolvió en el anorak. Era la primera vez en mucho tiempo en que recordaba haber pasado frío de verdad.

También estaba oscureciendo, aunque las ascuas de la hoguera todavía crepitasen y chisporrotearan alegremente en el pequeño campamento. Exhausto después del día de trabajo, Dzo se acurrucó al lado de las cenizas y se cubrió el rostro con la máscara de madera. Al cabo de un rato se puso a roncar: una sucesión de resuellos y gruñidos en ritmo discordante que hizo reír a Chey.

La joven también estaba cansada, pero no tenía ningún sentido que se acostara. La luna saldría al cabo de pocas horas. Nunca le había gustado echarse a dormir en su forma humana y despertarse desnuda y con el cuerpo dolorido sobre un cúmulo de nieve. Si tenía que transformarse en loba, prefería estar preparada. Por ello, se levantó del lugar que ocupaba junto a la hoguera, con el cuerpo entumecido, y se sacudió la tierra que le había quedado en la parte de atrás de los pantalones. Pensó que si estaba de pie, no le costaría tanto seguir despierta. Powell contemplaba las brasas y jugueteaba con un manojo de astillas que tenía en la mano. Les arrancaba tiras fibrosas y las arrojaba a la luz moribunda. Chey carraspeó para que Powell levantara la mirada y luego señaló con la cabeza a un bosquecillo cercano.

—No hace falta que me informes cada vez que tengas que seguir la llamada de la naturaleza —dijo el hombre.

Chey exhaló un suspiro teatral.

—Voy a dar un paseo —le dijo—. Querría contar con tu compañía, si no te importa.

Powell, en su frustración, murmuró algo, pero a continuación se puso en pie y fue tras ella. Desaparecieron en la oscuridad casi absoluta que reinaba entre los árboles, quebrada tan sólo, esporádicamente, por un rayo de luz de luna que se abría paso por las escasas ramas de los pinos.

—Quería contarte algo que ha sucedido antes. Creo que me ha dado demasiada vergüenza decirlo en presencia de Dzo —dijo, con voz sorprendentemente fuerte, en un silencio que por otra parte era absoluto. Agarró una rama de abedul y tiró de ella hasta hacer que el árbol entero se meciera, y luego suspiró de nuevo y le explicó que había pensado que la observaban mientras se estaba bañando.

—Seguramente tienes razón —le respondió Powell en cuanto hubo terminado. Chey alcanzaba a ver el vaho blanquecino de su aliento que acompañaba todas sus palabras—. Pero debió de ser un animal. No he visto ni rastro de presencia humana en esta zona. Si hubiera detectado algo, estaríamos de nuevo en marcha.

—Lo sé. Pero pienso que tengo que contarte ese tipo de cosas.

Powell asintió con la cabeza, aunque la joven a duras penas pudiera ver su silueta.

—Sí, es verdad. Has hecho bien.

Dio un paso hacia ella y, sin avisarla, le acarició el rostro. Chey trató de escabullirse y notó que él se tensaba. Todo podría haber terminado allí. Pero la joven se obligó a sí misma a relajarse y luego se acercó al cuerpo del hombre.

Los dedos de Powell recorrieron la curva de la mejilla de Chey. Le acariciaron la sien. Eran muy cálidos, y agradables en el frío de la noche. Muy agradables.

—Me estabas dando un espectáculo, ¿eh? —le preguntó.

—¿Qué?

—En el lago. Cuando te parecía que yo te espiaba.

—En ese momento me salió así. —Tomó la mano de Powell y la apartó de su rostro. Pero luego no la soltó. La mano del hombre estaba curtida de tanto trabajar y era grande. Sus dedos eran gruesos, de puntas angulosas. Chey no recordaba haberla estrechado nunca—. Ahora no estoy... segura.

—¿No lo estás? —le preguntó Powell—. Últimamente actúas de una manera bastante extraña —le dijo—. ¿Te encuentras bien? Es que...

—Me atraes —le confesó Chey—. Y por Dios que existen muchas razones para que no sea así. —Sintió que la amargura le endurecía el rostro—. Tú me has transformado en lo que soy ahora. Tú mataste a mi padre. Me heriste, y con ello me transmitiste tu maldición. Yo no estaría aquí en estos momentos, ni tendríamos esta conversación, si no hubieras empezado por joderme la vida.

—Fue mi lobo, no yo.

—Y a veces puedo llegar a creer que no sois un mismo ser.

Powell bajó la cabeza.

—Cuando volvamos a ser humanos... cuando hayamos encontrado la manera de curarnos...

—Y, aunque fuera posible, ¿qué cambiaría con eso? Seguiríamos siendo los mismos. Seremos siempre los mismos. Me gustas, Powell. Eso es lo más difícil para mí. Creo que... si pudiera odiarte con todas mis fuerzas, si te detestara de verdad, me sería mucho más fácil permitir que me tocaras. Todo sería menos complicado. Ahora tengo que darme continuamente explicaciones a mí misma.

Powell apartó violentamente su mano de la de la joven.

—No —dijo el hombre.

Chey se quedó confusa.

—¿Eh? —le preguntó. Exhaló una nube pálida de aliento, como si la pregunta se hubiera cristalizado en el aire frente a su rostro.

—No juegues conmigo —le dijo Powell. Chey percibió la irritación en su voz—. Si quieres que... que nos unamos de ese modo, a mí me está bien. Sabes que no te voy a poner reparos.

Chey se cubrió la boca con la mano para no echarse a reír. ¿Que nos unamos de ese modo? ¿No te voy a poner reparos? A veces olvi-

daba la verdadera edad de Powell y lo anticuado que era su modo de pensar. ¡Qué mojigato podía llegar a ser!

—Pero si vas a cambiar de opinión a medio camino, no empieces.

«Cielo santo», pensó Chey. Era más sensible de lo que la joven había querido creer. Tenía sentimientos de verdad, aunque raramente los expresara. Pensó que le hacían parecer algo ridículo. Si hubiera sido un hombre de otro tipo —del tipo que ella había conocido demasiado a menudo, el tipo al que pertenecían todos los novios que había tenido en su vida—, habría sido fácil. El coqueteo de Chey habría bastado como señal. El hombre se hubiera lanzado a por lo que quería. Y la fuerza de su deseo habría sido suficiente para poner fin a todas las dudas que pudiera tener la joven. Al menos durante un tiempo.

—¿De verdad que vas a esperar a que dé el primer paso? —preguntó Chey.

—Nunca he sido muy bueno en esto —masculló Powell. Apartó el rostro y dio una zancada hacia el campamento—. Cuando cayó sobre mí esta maldición, aún era virgen. Y desde entonces, todas las mujeres con las que he estado han tomado la iniciativa. Tienes que saber algo, Chey. —Se volvió para mirarla de cara, y la joven vio la luz de las estrellas que le centelleaba en los ojos—. No he tenido... relaciones con ninguna mujer desde 1954. —Chey pensó que, si le respondía algo, podía darle un ataque de risa, y sabía que Powell se lo tomaría mal. Así pues, no dijo nada—. Creo que sería capaz de recordar cómo se hace. Pero todo lo demás, el juego que estamos jugando, las etapas del cortejo... ¡puah! —La joven oyó un desagradable chasquido y se imaginó que él habría roto la rama de un árbol—. ¿Ahora tendría que traerte un ramillete de flores silvestres? ¿Tendríamos que echarnos a bailar bajo la aurora boreal? No sé cómo se hace. Te quiero a ti. Eso lo sé muy bien. Pero tendrás que decirme lo que quieres tú.

—Está bien —logró articular Chey—. Cuando llegue... si llega el momento... me encargaré de que te enteres.

Powell se volvió y se alejó de ella, como si la joven lo hubiera asustado. Ésta lo siguió hasta el campamento, a un ritmo más pausado, tomándose su tiempo. A duras penas volvieron a mirarse hasta que salió la luna y la luz plateada los liberó de su confusión.